

## **Enamorados Andreama**

Desde que pusieron sus pies en la pasarela del barco llamaron la atención, aunque sin proponérselo. Ella, una mujer madura con finos modales y elegantemente vestida y él, muy joven, por contraste, desenvuelto, con atuendo informal, solícito a los requerimientos de ella. Hasta el Capitán del buque que inspeccionaba desde su puesto de mando al pasaje en su embarque comentó: ¡Vaya parejita! Un buque modernísimo dedicado a cruceros de ensueño por el Mediterráneo. Entre sus instalaciones destacaban diez cubiertas de pasajeros, dos piscinas, una interior y otra exterior, tres jacuzzi, gimnasio, casino, discoteca, sala de baile, tiendas libres de impuestos, sala de Internet, salón de belleza, cine... Más que un hotel flotante que navegaría por las tranquilas aguas del Mare Nostrum haciendo escala en Montecarlo, Livorno, Roma, Nápoles y Malta para volver a Barcelona de nuevo. Dos semanas para relajarse y disfrutar.

Se instalaron en un lujoso camarote exterior en el que ordenaron su abundante equipaje. Pronto sintió Laura el prurito de mirarse en el espejo. Aún se veía guapa, aunque aquellas ojeras mal disimuladas por el maquillaje herían su sensibilidad femenina. No hacía nada era una radiante mujer, llena de ilusiones y de vida, y ahora...No bien se habían soltado las amarras y se puso en movimiento salieron a cubiertas donde una multitud de personas despedían ondeando brazos y pañuelos a los familiares que quedaban en tierra con un punto de envidia en sus mentes: ¡Qué suerte poder realizar un crucero maravilloso como éste!

Laura y Gonzalo no despidieron a nadie, pero gozaron con la maniobra de desatraque y la salida del puerto disfrutando de las vistas cambiantes de la ciudad bañada por el sol veraniego a primeras horas de la mañana. Las despedidas tienen siempre ese punto de romanticismo y extraña nostalgia al que resulta difícil sustraerse. Gonzalo y Laura, de la mano, disfrutaron de la ambigüedad del momento.

Alejados de la costa, pronto se deleitaron al sol, tumbados en sus hamacas, uno junto al otro siempre, en la piscina exterior. Hacía un día espléndido. Y después de reconfortantes horas de sol, almuerzo informal en la terraza de uno de los restaurantes. Recordaron tantas otras comidas en los restaurantes de la Costa Dorada, su preferida, donde pasaron veranos dichosos en aquel chalet alquilado en Villafortuny desde el que dominaban un frondoso pinar, la playa y la inmensidad del mar. Sus clases en la facultad les habían permitido una relativa soltura económica que se afianzó con el doctorado de Laura. En la Universidad siempre fue muy apreciada. Allí descansaba, paseaban, disfrutaban de la maravillosa cocina de decenas de extraordinarios restaurantes con especialidades marineras, se tostaban al sol e incluso se hacían a la mar en un pequeño velero alquilado donde Gonzalo empezaba a demostrar su capacidad de

aprendizaje y sus habilidades manuales; como estudiante nunca hubo nada que reprocharle. Reposaron en sus camas durante la siesta, cuando el sol vertical era capaz de arruinar la más curtida piel y el bochorno estival era apenas matizado por la brisa marina. Después, bien arregladitos, paseo por las cubiertas, siempre ensimismados en su íntima conversación, hasta acabar apoyados en la barandilla sintiendo las ínfimas gotitas que el barco promueve y la brisa pasea, en sus caras, ante una melancólica puesta de sol llena de naranjas, oro y espejuelos brillantes. Cena entre velitas y al salón de baile. Una pequeña orquesta compuesta por dos violines, viola, violonchelo y contrabajo animaban un baile lleno de melodías clásicas en el que volvieron a llamar la atención, esta vez, además de por el contraste de edad, por la elegancia y precisión de sus evoluciones por la pista al ritmo de la música. Cuando las piernas de Laura flaquearon se retiraron a su camarote a dormir. Por los portillos de su camarote pudieron ver la estela blanca de la luna en el mar. Y nada más amanecido, de nuevo en la terraza-café. No se podía perder tiempo, nuestro tiempo es un regalo limitado.

Durante muchos días repitieron con premeditada precisión sus pasos por el barco. Siempre en íntima comunidad, sin relacionarse con nadie más. Despreciaron la visita a Montecarlo, Desde la más alta plataforma vieron el desfile de gentes alegres que bajaron presurosas para gastar con la misma ligereza buena parte de sus ahorros en el Gran Casino. Ellos, por su parte, gozaron de la inédita tranquilidad de la piscina en la que ella nunca osó entrar: su salud podía resentirse. En el comedor, donde ya eran más que conocidos, les atendía con muchísima amabilidad siempre el mismo camarero a instancias del maître, empedernido romántico. Y ellos, ajenos, hablaban y hablaban, uno frente a otro, mirándose a los ojos. Siempre recordando tiempos felices. Fue madre soltera, muy joven. Estaban en la ola de los cambios, eran muy modernos, el matrimonio era una institución obsoleta. Ellos no iban a... Pero sacar adelante un bebé, sin unas oposiciones que fijaran el puesto de trabajo y en el más absoluto abandono familiar no fue nada fácil. Pero se superó, con fuerza, con voluntad, con sacrificio, con aquella salud de hierro y con muchas privaciones, pero con alegría. Qué preocupaciones tan diferentes de las actuales.

Se tocó puerto en Livorno, para visitar Florencia y Pisa, y después se atracó en el puerto de Ostia durante tres días para visitar la grandiosa Roma. Tampoco se interesaron por estas ciudades. Laura, licenciada en Historia, ya las había visitado en múltiples ocasiones, Gonzalo en su viaje de estudios, y prefirieron seguir disfrutando de la paz efímera del hotel flotante. Su impasibilidad hacia los lugares visitados cambió en el momento que navegaron por un Tirreno en calma sobre las profundidades de indescriptibles azules en la Bahía de Nápoles. Gonzalo, extremadamente atento a sus deseos, pudo percibir el nerviosismo ilusionado ante la lejana visión de la isla de Capri y el deseo ferviente de Laura por visitar Pompeya y Herculano, las dos víctimas inocentes de esa combinación fatídica que forman a veces el azar con la Naturaleza. Conocían perfectamente la historia de Pompeya y pasearon constatando lo ya sabido en cada calle, cada casa, en el foro, y no dejaron de impresionarse de nuevo ante los vaciados de cuerpos sorprendidos en las más diversas posturas cuando el Vesubio, como brazo ardiente de la muerte, sepultó la ciudad. Paralizada ante aquel drama estático Laura dijo: Hay quien lleva el Vesubio en su interior. Él la miró con tristeza y no replicó.

Al día siguiente partieron temprano desde el hotel con dos pasajes para el hidrofoil que, en cuarenta minutos de vuelo sobre las olas, les llevaría a la deliciosa

Capri. Lucía un día espléndido y ya desde lejos se podían adivinar los olivos, los pinos, los eucaliptos de esa isla privilegiada, residencia de emperadores. En el pequeño puerto un letrero: “Benvenuti a Capri”. La luz, ese día, estaba al servicio de la belleza para resaltar azules y verdes de tonalidades cambiantes de las calmosas aguas marinas, los escarpados perfiles de la isla, la secreta belleza de los limoneros y olivos, de los colores de una multitud de distintas flores, de la pequeña ciudad, de las casitas blancas diseminadas y de un cielo de transparencias mediterráneas. Todo un placer para los sentidos. Subieron desde la ciudad por los 784 peldaños esculpidos en roca que conducen a Anacapri, segunda ciudad de la isla, en un esfuerzo que Gonzalo quiso evitarle pero al que tuvo que acceder ante el empecinamiento de su pareja. La bajada se hizo en el funicular, Laura estaba fatigada y su ánimo empezaba a decaer. No se atrevieron con la “Grotta Azzurra” pero saborearon las delicias de un excelente establecimiento, “La Scogliera”, donde la confluencia de clima, belleza y tranquilidad les hizo dar rienda de nuevo a la nostalgia y desmenuzar los recuerdos que anidaban dormidos en sus memorias.

Tras tantos días de navegación la feliz parejita era ya conocida por todos los pasajeros, a pesar de que no se relacionaban con nadie, ajenos a nada que no fuera ellos. Surgieron comentarios, se alabaron gestos, se criticaron actuaciones, se habló de moralidad, de vejez y juventud, de dinero y de la señora, como si el viaje no le estuviera sentando muy bien. Un día la vieron devolviendo por la borda, a su lado, un desencajado joven trataba de reanimarla. Siempre juntos, casi siempre de la mano, en interminables horas de café-terraza, espectadores asiduos de los ocasos.

Malta ya no les interesó y poco a poco fueron desapareciendo de la escena durante el viaje de regreso. Parecía que su felicidad se hubiera eclipsado, que ya hubieran gastado la mayor parte de su crédito y dosificaran con prudencia la que les restaba. Aún así, cada tarde, uno frente a otro, enfrascados en interminables pláticas, repasando una y otra vez sus vivencias. Sus caras reflejaban ahora una vaga tristeza.

Navegando cercanos a la costa de Cerdeña, como cada día, Laura y Gonzalo tomaron su café, absortos en el espectáculo siempre igual y siempre diferente de la puesta de sol. Apenas si hablaron, todo estaba ya dicho. Pasearon, ya de noche, por la cubierta de popa durante mucho tiempo. Empezó a molestar la brisa, los demás pasajeros se fueron retirando. Una pálida luna asomó asustadiza por el horizonte para espíarlos. Se besaron temblorosos, era la última vez. Laura se acercó a la borda, abalanzó su cuerpo ligero por encima hasta que cayó a plomo y desapareció en las espumeantes aguas del rastro del barco, plateadas por la indiscreta luna.

A la llegada a Barcelona, todos se preguntaban por la envidiada pareja. Nadie en muchos días los había visto. Bajaron la pasarela saludando de nuevo a sus familiares, contentos por la feliz travesía. Gonzalo esperó hasta el final. Bajó solo, nadie le esperaba. Cuando el servicio de limpieza puso orden en su camarote encontraron todo el vestuario y complementos de Laura en ella. Dos cajas de Bio-Bac en la mesilla de noche junto con un sobre cuyo informe médico fue leído con pesar por el Capitán. En él, un oncólogo de reputada fama en la Ciudad Condal, certificaba la leucemia que sufría la paciente y la previsión de un mes para el fatal desenlace. En los pasajes: Laura Fortuny Fernández y Gonzalo Recasens Fortuny. Madre e hijo.